

## Haroldo Conti se hace el vago: tiempo y progreso en la sociedad del espectáculo

Haroldo Conti Makes Vague:  
Time and Progress in Society of the Spectacle

**Gastón Ortiz Bandes**  
Maestría en Estudios Latinoamericanos FCPyS – UNCuyo

**Resumen:** La literatura puede ser leída como arma cognitiva para resistir a la expropiación sistemática de la experiencia humana por parte del espectáculo. En Conti, la literatura es un discurso contrahegemónico de la ideología de los medios de comunicación (aún cuando su "narrador" *enuncie* humorísticamente lo contrario): su lectura sigue interpelando al presente, enfrentándose con todo aquel que en el campo de la cultura elabore "argumentos para elogiar el mundo mediático". Se puede encontrar un *plus cognoscente* en la experiencia de las nuevas tecnologías de comunicación, pero *sin olvidar* que las "prácticas culturales de cualquier significación" deben ser siempre remitidas "a las estructuras materiales en las que se inscriben", como sostiene Schmucler. En este ensayo se analiza una narración breve de Haroldo Conti, con herramientas teóricas de Guy Debord en su radical crítica al espectáculo.

**Palabras clave:** Tiempo; Progreso; Sociedad del espectáculo; Haroldo Conti

**Abstract:** The literature can be read as a weapon to resist cognitive systematic expropriation of human experience from the show. In Conti, literature is a counter-hegemonic discourse of the ideology of the media (even if the "narrator" *enunciate* humorously otherwise): reading is questioning the present, facing anyone in the field of culture draw "arguments to commend the media world". You can find a plus knowing the experience of the new communication technologies, but without forgetting that the "cultural practices of any significance" should always be referred "to the material structures in which they are embedded", as claimed Schmucler. In this paper we analyze a Haroldo Conti's short story, with Guy Debord's theoretical tools in his radical critique of spectacle.

**Palabras clave:** Time; Progress; Society of the Spectacle; Haroldo Conti

*La representación de un progreso del género humano en la historia es inseparable de la representación de la prosecución de ésta a lo largo de un tiempo homogéneo y vacío. La crítica a la representación de dicha prosecución deberá constituir la base de la crítica a tal representación del progreso.*

Walter Benjamin, Tesis de filosofía de la Historia

1. Leemos en "Los infortunios de la resignación", artículo de Héctor Schmucler escrito en 1997: "La fisonomía del mundo actual comenzó a diseñarse con más precisión hacia finales de la Segunda Guerra Mundial, pero las décadas de 1960 y 1970 fueron un verdadero laboratorio de pensamientos en el que se plasmaron los argumentos que justifican el nuevo orden establecido"<sup>1</sup> (Schmucler, H. 2001: 40). El ensayo discutía, desde el campo de la crítica cultural, con los "optimistas" del *nuevo orden* global, resignados ya a las nuevas reglas del libre mercado financiero, el control oligopólico mediático y los dictámenes sobre el fin de los grandes relatos y las utopías revolucionarias. Tras un análisis del famoso texto de Francis Fukuyama "¿El fin de la historia?", Schmucler hacía una profunda crítica a la noción occidental de progreso.

Años después, en 2011, con un panorama y horizontes para América Latina muy diferentes de aquellos de fin de siglo, Schmucler, en un seminario de maestría, volvió a plantear una revisión de la idea de progreso en relación con políticas culturales y comunicacionales en nuestro continente. Este ensayo tiene origen en esa propuesta: relaciona la problemática ideológica del progreso con las formas imaginarias que reviste en ciertas prácticas sociales, varias vinculadas a los medios de comunicación. Sin embargo no son "los medios" mi *objeto*: en este ensayo analizo una narración breve de Haroldo Conti, con herramientas teóricas de Guy Debord en su radical crítica al espectáculo.

*Con otra gente*, el libro de Conti que incluye nuestro cuento y *La sociedad del espectáculo* de Debord, se publicaron en 1967. Desaparecido uno por el terrorismo de estado argentino en 1976, el otro se suicidó en los '90, cuando ya el otrora pensamiento crítico consideraba al situacionismo como un *suvenir* más del Mayo Francés: estos dos grandes artistas del siglo XX (jamás se conocieron, creo), por la palabra y la imagen, cada uno a su modo, pusieron en peligro aquellos *laboratorios argumentales* de un "optimismo" que, casi medio siglo después, debemos seguir desmontando. Por eso, en busca de alternativas vitales contra este ya viejo "nuevo

---

<sup>1</sup> En adelante, los subrayados en citas son míos, excepto al referir títulos de obras.

orden establecido", comienzo a escuchar, propiciado por Schmucler (y convergiendo con lecturas previas de Walter Benjamin y Giorgio Agamben), este diálogo entre Conti y Debord a través del tiempo, como un recuerdo de lo que ya está aquí.

2. En una entrevista a Haroldo Conti ("Un simple trabajador", *La Opinión*, 15 de junio de 1975), Heber Cardoso y Guillermo Boido le preguntan para qué sirve, desde el punto social o político, contar en una obra literaria el "drama de un pobre tipo". Conti, refiriéndose a su novela *En vida* de 1971, responde:

Mucha gente habla de revolución y olvida que las revoluciones las hacen los *tipos concretos*. En *En vida* quise hacer la radiografía de *un hombre del montón*, jodido por esta sociedad, castrado en sus posibilidades de elegir. Lo que algunos no vieron es que Orestes termina por hacer *su elección* [...]. Hay en el protagonista *una revolución interior, un cambio de actitud vital*. Es el *problema moral por excelencia: el de la libertad*. Y es que la revolución empieza en el individuo, no se impone por decreto (Saítta y Romero).

Al menos ocho años antes, nuestro autor había ya imaginado (y escuchado) la "revolución interior" de otro "hombre del montón" que también hacía "su elección". Su cuento "El último" empieza así: "Un buen día me hice un vago. Así como lo oyen. No sé cuándo empezó pero aquí me tienen, tumbado a un costado del camino esperando que pase un camión y me lleve a cualquier parte" (Conti, H. 2007: 207). Gran primera frase: "Un buen día me hice un vago", no empieza diciendo *me volví* sino *me hice* un vago. Tampoco *me torné* ni *me transformé en...*, mucho menos *devine*. Algunos podrían inferir un *me dejé estar hasta que...* o un *no me quedó otra...* Pero no, hacer-se implica desde ya el "cambio de actitud vital" que postulaba Conti, incluso cuando *hacer-se vago* parezca oxímoron. Vago, antónimo de trabajador, ocupado o productivo. Al que *no hace nada*, al que *pierde el tiempo*, se lo considera peligroso: interrumpe la cadena de trabajo y producción. También *se lo imagina* muy triste, sin familia, al margen de la sociedad y el consumo:

Ustedes *deben haber visto* un tipo de esos *desde la ventanilla de un ómnibus* o del tren. Pues yo soy uno de esos exactamente y puedo asegurarles que *me siento muy a gusto*. Lo que posiblemente a nadie se le pase por la cabeza es que alguien pueda ser feliz justamente siendo el último de los hombres. Ni siquiera a mí mismo se me hubiera ocurrido hace un tiempo, cuando, dentro de mis alcances, *luchaba con todas mis fuerzas para estar entre los primeros* (idem).

*Primero y último*. Lugares imaginarios opuestos en cada extremo de esa pista de carreras general en cuya meta parece aguardar la felicidad, de suerte que el imperativo colectivo de *estar entre los primeros* torna la existencia humana una

suerte de permanente estado de guerra que absorbe la energía vital (“luchaba con todas mis fuerzas”). En cambio autoafirmarse gustosamente “el último de los hombres” significa ni siquiera desear participar de esa maratón colectiva, significa *elegir* (“problema moral por excelencia”) vivir al margen de esa *vía recta* que parece atravesar las subjetividades: “posiblemente a nadie *se le pase por la cabeza...*”. Pero el cuento no denuncia sólo una ideología –cómo un conjunto de creencias, mandatos y condiciones sociales *jode* a un “pobre tipo”–, sino plantea algo mejor: que cualquier “pobre tipo” puede dejar de serlo desde el momento en que *da el salto* y –anudando destino y libertad– *cambia de lugar* en la estructuración socio-económica que lo *castraba* en “sus posibilidades de elegir”.

Por eso Conti oyó, de la lengua de todos, una voz *extrema*, marginal, la del vago que, al límite de la *humanitas* (“el último de los hombres”), se sustrae por propia voluntad a la concepción occidental del Tiempo –de su experiencia, uso y marcación, de su *imago*– que domina en nuestra cultura. Decía Debord, pensando en Hegel: “el tiempo es la alienación necesaria [...], el medio donde el sujeto se realiza perdiéndose, *se transforma en otro para llegar a ser la verdad de sí mismo*” (Debord, G. 1995: 161)<sup>2</sup>. Y con la literatura como praxis autónoma y contrahegemónica, propia de los '60 y '70, Conti *puso a hablar* a uno de esos vagos que aún hoy  *vemos* desde el ómnibus o el tren,  *encuadrado* (separado) por la pantalla-ventanilla en tanto *espectáculo (de lo) real*, plano y representación. Porque si “el espectáculo no es un conjunto de imágenes, sino una relación social entre personas mediatizada por imágenes” (*ib.*: 4), entonces Conti no quiso que *contempláramos* a un vago en la lógica del espectáculo: nos propuso en cambio *escuchar* su voz, su estilo, su historia. “La historia que se halla presente en toda la profundidad de la sociedad tiende a perderse en la superficie” (*ib.*: 142).

Cada episodio narrado por el vago va hilando un proceso de aprendizaje personal basado en la deshabitación de “la otra vida”, a lo que se le suma una reflexión sobre ese mismo proceso, lo que hace del aprendizaje una *experiencia*. E incluso más, una suerte de práctica ascética tras alguna sabiduría cósmica: “el día que se me quite esta costumbre habré *alcanzado la perfección*” (Conti, H. 2007: 207). Así, en tanto *transmisión de la experiencia*, el relato cobra la forma de un *testimonio oral* para un “ustedes” que, claro, somos nosotros, los oyentes, los lectores, que seguimos participando en la carrera por llegar primero, un *hábito* –diría “el último”– propio “de la otra vida, es decir, la vida de ustedes...” (*ib.*).

---

<sup>2</sup> Para citar a Debord, hemos decidido hacerlo, como plantea el índice de la edición manejada, por párrafo y no por página.

3. La de la burguesía, decía Debord, es la victoria del tiempo de la producción económica, que “transforma la sociedad de forma permanente y de arriba abajo” y donde “los individuos son sacrificados” (Debord, G. 1995: 141). Es la entrada a “la jaula”, como –weberiano, sin saberlo– llama el narrador al mundo del trabajo, al ingreso al sistema de producción y consumo a cambio de “la expropiación violenta de su tiempo” (Debord, G. 1995: 159). Pero el señuelo para esa captura prevista de antemano se llama matrimonio.

... fue Margarita la que se me cruzó en mi camino y no yo en el de ella. Sin embargo, estoy dispuesto a reconocer que fue *una simple coincidencia*. *Por coincidencia* tomábamos el 48 a la misma hora, *por coincidencia* bajábamos en la misma esquina y, supongo que *por coincidencia*, un día me atravesó una de sus piernas entre las mías. En fin, otro día la acompañé hasta la casa y *por coincidencia* estaba el viejo en la puerta. Cuando quise acordarme estaba adentro tomando una copita de anís... (Conti, H. 2007: 208–209)

Ironía de la palabra *coincidencia*: si una mujer de clase media estaba casi obligada a la dependencia de un varón para acceder a la economía burguesa, el narrador pareciera funcionar en tanto presa en la red de “coincidencias” que sería el *plan* de Margarita. Luego, hay otra ironía: en lo de “detalle” para mentar la presencia constante del administrador del edificio junto a Margarita, *plan B* tras el evidente fracaso del A. En fin, desde el principio ella adhiere al mandato de ascenso socioeconómico dominante y obliga a su marido a acatarlos: maldiciente y quejosa, en la versión a lo Xantipa del vago, representaría el “conformismo absoluto de las prácticas sociales existentes con las que se encuentran identificadas para siempre todas las posibilidades humanas” (Debord, G. 1995: 130). Que se entienda: conformismo no en el sentido de *dejarse estar*, sino de resignarse a obedecer al imperativo *hay que progresar*.

4. Nada sabemos de la vida del vago anterior a la novia de nombre fáustico, excepto que era “hincha furioso de Estudiantes de La Plata” (Conti, H. 2007: 209) y que apenas conoció a su padre. Lo imaginamos poco avisado y nómada, aunque con trayecto y horarios marcados (el 48, la misma hora y esquina). Tiempo laxo y pre-productivo, puntuado cada semana por un ritual sugeridamente *pastoril*: “Los domingos iba a la cancha con toda *la bosta* en el camioncito de los hermanos Antonelli” (idem). Debord ubica históricamente este pasaje, que va de “la libertad perezosa y sin contenido” al “comienzo del trabajo”, en “el paso del nomadismo pastoril a la agricultura sedentaria” (Debord, G. 1995: 127).

Lo primero que debe abandonar el recién casado pues son el fútbol y “los muchachos”, lo que Margarita llama “la bosta”. Residuo, basura, excremento, *lo*

*externo* al proceso de consumo y producción. Esa muchachada *todavía afuera* de “la jaula” (advertamos que el vago en cambio llamará después *la bosta* no a “los muchachos” sino al conjunto de sujetos, ideas y prácticas del sistema capitalista) es lo opuesto al *plan de Margarita*, como también lo es el fútbol, espectáculo por antonomasia en Latinoamérica, *mito* que absorbe la energía y la pone a circular como violencia o alegría dionisiaca, reminiscencia de lo salvaje o, mejor dicho, pre-moderno y antiburgués. Esta libido *mal usada* es la que ahora Margarita quiere reencauzar, dirigiéndola al “tiempo irreversible de la economía burguesa”, que “extirpa *estas supervivencias* en toda la extensión del mundo” (Debord, G. 1995: 141).

Dije adiós a la bosta y me puse a trabajar como un condenado a trabajos forzados. Soy un tipo *optimista por naturaleza*, [...] con el tiempo hasta a eso le encontré el gusto. [...] pateaba alegremente la calle primero vendiendo seguros de La Agrícola y después caminos, esteras y carpetas [...]. Los sábados me la pasaba cambiando los muebles de lugar, tapando las manchas de humedad y escuchando en todo momento los reproches y maldiciones de Margarita. [...] Los domingos íbamos a comer a lo de los viejos y por la tarde *veíamos la tele hasta que se nos saltaban los ojos* (Conti, H. 2007: 209)

Debord llama *tiempo seudocíclico* a esta organización socio-temporal propia del “consumo de la supervivencia económica moderna”, en la que “*lo vivido cotidiano queda privado de decisión y sometido*, ya no al orden natural, sino a la seudonaturaleza desarrollada en el trabajo alienado” (Debord, G. 1995: 150). Por el contrario, el “tiempo cíclico plenamente constituido” (*ib.*: 127) es propio de sociedades preindustriales, que regulaban su supervivencia organizándose según el “viejo ritmo” de las estaciones, “experiencia inmediata de la naturaleza” (*ib.*: 126) con base en el modo de producción agrario. Así, el tiempo seudocíclico apenas se apoya sobre las huellas del cíclico, “componiendo nuevas combinaciones homólogas: el día y la noche, el trabajo y el descanso semanales, el retorno de los períodos de vacaciones” (*ib.*: 150), los sábados de marido, los domingos de yerno. Esta *condena*, esta apropiación forzada del propio ritmo, sin embargo es afrontada por el narrador con *optimismo*, lo cual nos sirve para empezar a pensar la cuestión del progreso en relación al aprendizaje del vago en tanto *sujeto de experiencia*. Porque es del *optimismo resignado* de lo que el vago va a tener que aprender a desprenderse, es decir, del optimismo en tanto mandato del progreso como regidor de su experiencia del tiempo.

5. “El *optimismo resignado* cultiva la aceptación del orden vigente a partir de un presupuesto: *no podría ser de otra manera*” (Schmucler, H. 2001: 31), leemos en el ensayo citado, que llega hasta un pilar del pensamiento iluminista del siglo XVIII,

Gottfried Leibniz para explicar la imbricación histórica de la idea del *optimismo* y "la certidumbre del progreso". En sus *Ensayos de Teodicea, sobre la bondad de Dios, la libertad del hombre y el origen del mal* (1710), el autor de la *Monadología* afirmó que ningún hecho se produce en el mundo sin una *razón suficiente* para que sea así y no de otro modo. De ahí que no debamos considerar evento alguno como contingente o azaroso, y que aunque carezcamos del conocimiento secreto de sus causas primeras –*principio de razón suficiente* necesario y sólo conocido por Dios–, debemos *aceptar lo dado*. Si el cálculo infinitesimal le deparó a su inventor la conclusión de que éste era "el mejor de los mundos posibles", entonces los avances prodigiosos de la ciencia experimental (de la que fue Leibniz también un fundador), junto a ideas iluministas sobre la historia de la filosofía, lo llevaron a escribir: "Se puede reconocer cierto *progreso perpetuo y absolutamente ilimitado de todo el universo*, de tal manera que siempre se encamina hacia una *más amplia civilización*" (ibid.: 35).

Hacia 1750 "el progreso comenzaba a habitar el *imaginario social*" (ibid.: 38): Anne–Robert–Jacques Turgot publica un *Cuadro filosófico de los progresos sucesivos del espíritu humano*. Ochenta años después, para el proyecto moderno positivista *progresar* tendrá el mismo sentido. "La 'ley filosófica del progreso', en el espíritu de Augusto Comte, resumía un programa para la humanidad" (*idem*). Programa al que Margarita se pliega. Al que su marido también pero... no por mucho tiempo: Conti va a desmontar, armado sólo con las leyes de la ficción, la "ley filosófica del progreso", vuelta ya dispositivo de disciplina y control. Porque el optimismo es una operación ideológica de naturalización de *lo dado*, un mecanismo de consolación que borra el conflicto entre dominantes y explotados bajo el imaginario de una "'optimidad' del mundo" (ibid.: 33) y un "programa para la humanidad".

El espectáculo es el heredero de toda la *debilidad del proyecto filosófico occidental* que fue una comprensión de la actividad dominada por las categorías del ver, de la misma forma que *se funda sobre el despliegue incesante de la racionalidad técnica* precisa que parte de este pensamiento. No realiza la filosofía, filosofiza la realidad. Es *vida concreta de todos* lo que se ha *degradado en universo especulativo* (Debord, G. 1995: 19).

Si ante el evidente fracaso del proyecto moderno que fue la Segunda Guerra, Adorno y Horkheimer, en su crítica a la racionalidad técnica, señalaron a los *mass media* como principales instrumentos de su primacía, Debord radicalizó más la suya al ampliar a la noción misma de espectáculo (y no sólo a la de medios de comunicación) un protagonismo ilimitado en tanto constitutivo socio–cognitivo de la "vida concreta de todos". Y con socio–cognitivo queremos decir origen de la

experiencia intra e intersubjetiva. En efecto, en la sociedad del espectáculo, ésta, circunscripta a una actividad eminentemente visual, es enunciada en el cuento en términos de abuso o agotamiento, como señalando una imposibilidad casi física de *hacer experiencia*: “veíamos la tele hasta que *se nos saltaban los ojos*”.

6. Ahora bien, siendo ahora “la vista el sentido humano privilegiado que fue en otras épocas el tacto” (*ib.*: 18), el aturdido (y poco sexuado) narrador *oral* encuentra sin embargo en la tele

... la única manera de *callar a Margarita*. Entonces *la sentía más viva e intensa*, sólo que en otro sentido. Si no había manera de entendernos el resto de la semana en aquel momento *nuestros cuerpos se acercaban misteriosamente...* (Conti, H. 2007: 209–210).

El espectáculo, que “es lo opuesto al diálogo” (Debord, G. 1995: 18), abre el *agujero negro* por donde escapa toda experiencia, incluida la más plena del amor. Fusión misteriosa de dos cuerpos que, en el caso de los protagonistas, sucede *por fuera* de ellos mismos, no en el éxtasis erótico sino en la alienación mediada por un mecanismo de sustitución de lo experimentable: “éramos *una sola y misma cosa* pendientes de aquel agujero en la pared”. Así, mientras se le sustrae al sujeto la posibilidad de *hacer experiencia*, éste paradójicamente asiste, a través de “el agujero en la pared”, a la representación (*cíclica*, a la manera de los episodios de las series televisivas) de experiencias imposibles o negadas:

Yo me quitaba los zapatos en la penumbra, me aflojaba el cinturón y al rato *estaba en las islas Marquesas*, por ejemplo. Como dije las Marquesas pude haber dicho *Hong Kong o Miami o el fondo del mar*. En un par de horas *saltaba de un lado a otro* e inclusive de *un tiempo a otro* (Conti, H. 2007: 210).

Desde la jaula de hierro dominical, el trabajador de un continente subdesarrollado contempla el libre viaje espaciotemporal del hombre fáustico moderno, que pirata o filósofo (*ego cogito* o *ego conqueror*, en la visión de Enrique Dussel) trae el capital a la Historia y a la clase que se lo ha apropiado: modernidad impuesta al mundo entero mediante el genocidio y el saqueo.

*Los propietarios de la plusvalía histórica poseen el conocimiento y el goce de los acontecimientos vividos*. Este tiempo, separado de la organización colectiva del tiempo que predomina con la producción repetitiva de la base de la vida social, fluye por encima de su propia comunidad estática. *Es el tiempo de la aventura y de la guerra*, donde los dueños de la sociedad cíclica recorren



su historia personal; y es igualmente el tiempo que aparece en el choque entre comunidades diferentes... (Debord, G. 1995: 128)

Es el *modelo espectacular* de sujeto, la imagen inexperimentable del yo proyectada en los héroes de las series y el cómic, que conquistan tierras y mujeres, y atraviesan eras y culturas porque el tiempo y el mundo les pertenecen: "Randall, Peter Gunn, Kentucky Jones, Maverick y hasta Gorila Maguila [...]. *Hablábamos de ellos* con Margarita *como si vivieran en la misma cuadra* y algunas veces *les hablaba a ellos mismos*, como si pudieran oírme" (Conti, H. 2007: 210). Familiaridad fantasmal propia del tiempo espectacular, el "tiempo del consumo de imágenes" que es a la vez abismal "imagen del consumo del tiempo" (Debord, G. 1995: 153). Quijotismo *pop*: el espectáculo, al metamorfosear al mundo "en simples imágenes", hace que éstas "se conviertan en seres reales" (ibid.: 18).

7. Margarita terminará destruyendo el televisor en una discusión: para llevar a cabo su *plan*, debe *despertar* a su marido de ese "comportamiento hipnótico" (idem), sacarlo de lo *improductivo* (el *agujero negro* que absorbe energía como otrora el fútbol) y reingresarlo a la *pista de carreras* que lleva a la adquisición de mercancías. Si la burguesía impuso un "tiempo irreversible de lo viviente", el "del movimiento abstracto de las cosas", es justamente porque el "arma de su victoria" fue "la producción en serie de objetos según las leyes de la mercancía" (ibid.: 142). Entonces ese lapso *permitido* del consumo dominical de imágenes debiera funcionar como "médium de todas las mercancías" (ibid.: 153). Y es exactamente lo que *no sucede* con el narrador, que le desbarata todo el plan a su esposa (y al imperialismo mediático también), porque la tele no lo incita a *consumir*.

Para el narrador *ver tele* es en cierta forma una actividad que *produce* experiencia y conocimiento personal –y (desde el momento que los *hace testimonio*) colectivo– y no plusvalía a la clase dominante: "*aprendí a apreciar las cosas* recién entonces" (Conti, H. 2007: 210). No *apocalíptico* como Debord o Adorno, sino más bien en la estela (sin saberlo, claro) de Benjamin –en el sentido de su fascinación por *las promesas* de la reproductibilidad técnica: "He oído muchas cosas contra la tele pero yo digo que es *el mejor invento de la bosta*" (ibid.: 209)–, el narrador saca, por ejemplo, a los avisos publicitarios de su lógica mercantil y los pone a trabajar en una lógica poética y antiburguesa, en un "tiempo de las cosas" ... sí, pero *animista*.

... hoy me parece perfectamente natural que una lata de tomates le hable a una cacerola a presión y que un reloj con voz de pito nos avise el momento de tomar tal o cual pastilla para la digestión. Quiero decir que *las cosas están llenas de vida*, o por lo menos muertas o vivas *en la medida que nosotros estamos muertos o vivos*, y que mis zapatos tienen algo que decirme con sólo

que les preste un poco de atención. Que es lo que hago, justamente, cuando no sé para dónde tirar el primer paso (ibid.: 210–211).

La literatura opera de modo diferente a la teoría, sin cesar amplía sus límites, revela otros pliegues. Sin la *creencia* en los poderes de la imaginación y la lengua, la literatura carecería de función cognitiva (y por ende social) específica. Así, en este cuento, la idea mágico-poética de que *todo es posible* se planta enfrente del *no podría ser de otra manera* propio del "optimismo resignado". Aquel *todo es posible* que animó a la poesía y al arte desde el romanticismo a las vanguardias, y que tuvo su correlato histórico-político en los movimientos revolucionarios y emancipatorios, será imprescindible para que el narrador tome la decisión crucial de *abandonar todo* y hacer-se vago. La vanguardia no está adelante, sino al *último*, preanunciada, entre otros, por el (manifiesto) *Déjenlo todo, nuevamente* con que los poetas infrarrealistas (ficcionalizados por Roberto Bolaño en *Los detectives salvajes*) invitaban en los '70 a *hacer* la revolución: retomar el proyecto inconcluso de fusionar poesía y vida del *vago* Rimbaud.

En conclusión, la literatura puede ser leída aún hoy –muchos sostienen furiosamente lo contrario– como arma cognitiva para resistir a la expropiación sistemática de la experiencia humana por parte del espectáculo. En Conti, la literatura es un discurso contrahegemónico de la ideología de los medios de comunicación (aún cuando su "narrador" *enuncie* humorísticamente lo contrario): su lectura sigue interpelando al presente, enfrentándose con todo aquel que en el campo de la cultura elabore "argumentos para elogiar el mundo mediático" (Schmucler, H. 2001: 31). Claro que se puede encontrar un *plus cognoscente* en la experiencia de las nuevas tecnologías de comunicación, pero *sin olvidar* lo que "los 'optimistas' de la cultura masiva" siguen olvidando: que las "prácticas culturales de cualquier significación" deben ser siempre remitidas "a las estructuras materiales en las que se inscriben" (ibid.: 32).

8. Otras líneas narrativas respecto del progreso, su retórica y sus representaciones, se juegan ya definitivamente en Requena, el estafador que contrata al narrador para su "importante negocio": "fundar una sociedad nueva a partir de la venta de lotes en mensualidades" (Conti, H. 2007: 213). El narrador se percata de la charlatanería apenas verlo, pero la atracción que ejerce en él puede más que el *sentido común* burgués:

Cualquier otro se habría dado cuenta de que el tipo estaba medio chiflado, por no decir del todo. En realidad eso me pareció a mí también pero *en lugar de largarme como hubiera hecho cualquiera de ustedes en su sano juicio, ya*

que nada bueno podía salir de allí, *en el sentido de la bosta, me quedé escuchando al tipo tal vez por eso mismo* (ibid.: 212).

No hay casi ocasión de saltar del "tiempo irreversible" a otro más pleno y acorde a los ciclos de la naturaleza, mientras se permanece en la pista de carreras trazada sobre la repetición semicíclica de lo mismo. Pero, cuando *algo diferente*, con forma y energía extrañas, aparece, muchos "vivos pero con el agua al cuello" abandonan, sino la "maldita jaula", al menos la *vía recta*. "Tal vez *las cosas que decía* no tuvieran mucho sentido pero igual *era hermoso oírlos* porque *en medio de toda la roña sencillamente había un tipo que creía en algo distinto de lo que cree el resto* de la bosta" (ibid.: 213). Y conste: lo delictivo funciona como *aprendizaje de los márgenes*, por los que el narrador transita en su *ir para atrás*. Luego –recordemos– oscilará por las rutas como *ciclista*, hasta llegar al centro de sí mismo, tirado sobre la tierra, el *último* lugar.

Celebración de la productividad marginal: "esta clase de chiflados son justamente la sal del mundo, solo que la bosta se da cuenta demasiado tarde" (ibid.: 212). Y no es casual que esa diferencia adquiera dimensiones religiosas, mesiánicas: "El tipo hablaba como un profeta. Nunca he oído hablar a un profeta, por supuesto, pero *me figuro* que deben hacerlo así" (idem). Y *así* significa: como *nos–los–hacen figurar* el cine y la tele: el personaje Requena desnuda no sólo la dimensión retórica de la idea de progreso social indiscriminado, sino la dimensión histórico–religiosa del proceso *espectacular* mismo.

El discurso de Requena a los compradores se narra como acto demiúrgico, en el que el verbo puede crear *ex nihilo*. "Mientras hablaba empezamos a ver que brotaban de la tierra casas, torres, fábricas, negocios, una estación del Roca, un supermercado, dos escuelas, cuatro edificios en torre y un lago artificial" (ibid.: 214). Pero a la vez sus palabras se articulan con la *imago* al modo de los dibujos animados de Disney: pienso en *The Little house*, corto dirigido por Wilfred Jackson en 1952, por ejemplo, donde el crecimiento urbano alrededor de la campestre casa solitaria, albergue de la joven familia yanqui, parece tan inevitable como la contaminación, decadencia y destrucción posteriores. Un edificio al lado del otro sobre el plano–pantalla, al igual que los instantes–puntos en la representación del tiempo–recta.

Cronos, dios padre que devora a sus hijos, señor pagano de las ruinas, con el cristianismo abandona su circularidad mítica y comienza a ser *imaginado* como (vía) recta, la misma figura geométrica que aún hoy sirve de metáfora espacial del tiempo. Pero mientras que en el cristianismo la recta del tiempo tenía un principio, la Creación, y un fin, el Juicio y la Resurrección, en el paradigma moderno ésta es – tanto para el liberalismo como el marxismo– sin término (en el paradigma –

llamémosle— posmoderno, esta *imagen* tampoco varía tras las *lágrimas* por la rediviva muerte kojéviana de la historia).

Ahora bien, que el barrio parque *a vender* se llame “La Esperanza” señala otro concepto religioso heredado en la idea de progreso. El discurso de Requena sobre el futuro y “el día que vendrá”, *silly symphony*, logra contagiar *animadamente* a (las víctimas) los *creyentes*.

Quando terminó, los tipos siguieron *haciendo cálculos y suposiciones* por su cuenta y al rato había una usina, un cuartel, dos hospitales, un matadero, un frigorífico, un canal de televisión, un monumento a San Martín y por lo menos cuatro Bancos. Vendimos 15 lotes en total (ibid.: 215).

Así plantean la imagen, también hoy, de un “luminoso futuro al que la humanidad se encamina irremediabilmente” (Schmucler, H. 2001, 38) publicidades tanto del estado como de tecnología, cosmética o medicamentos. *Horror vacui* antibarroco, la palabra *esperanza* pulsa un dispositivo imaginario colectivo en tándem con la lógica de la conquista: invadir —en este caso con íconos tecnológicos, financieros, socio—culturales, etc.— la superficie de un desierto al que “sólo faltaba un par de camellos” (Conti, H. 1994, 214).

9. En efecto, es en los orígenes del monoteísmo donde Debord ubica la matriz político—religiosa de la concepción lineal del tiempo, que siglos después habilitó la falsa conciencia del progreso a partir de la “imagería del paraíso terrestre” (Debord, G. 1995: 138):

Es la utopía milenarista de la *realización terrenal del paraíso*, en la que vuelve al primer plano lo que estaba en el origen de la religión semihistórica, cuando las comunidades cristianas, como el mesianismo judaico del que provenían, *en respuesta a los problemas y a la desdicha de la época, esperaban la realización inminente del reino de Dios* (idem).

Si, según Frank Burbage y Natalie Chouhan, Leibniz transformó “la escatología cristiana en una interpretación progresista del devenir histórico” (Schmucler, H. 2001: 35), es porque “las religiones surgidas del judaísmo son el reconocimiento universal abstracto del tiempo irreversible que se encuentra *democratizado*, abierto a todos, pero *en lo ilusorio*” (Debord, G. 1995, 136). Así, en este nudo imaginario entre futuro y felicidad, espera perpetua y *kitsch* político, podemos leer a Robert Nisbet cuando dice que, gracias a la de progreso, “las ideas de libertad, igualdad y soberanía popular dejaron de ser anhelos para convertirse en objetivos” (Schmucler, H. 2001, 38).

Pero "la desdicha de la época" –Argentina, años '60– radicaba justamente en que esos objetivos de la *civilisation* permanecían incumplidos. En la enumeración demiúrgica de Requena no es gratuita una "estación del Roca" llegando hasta el Sur: *fantasma* del proyecto agroexportador liberal y neocolonial del '80, con su llamada Conquista del desierto, invasión de un *espacio lleno* (de gente, lenguas, culturas) que el *conquistador ve* –en verdad, él *lo deja así– deshabitado* (asimismo, la "ruta pavimentada" que era "un proyecto del año 34" alude a la década infame, continuidad del roquismo *anti–progresista*).

El espectáculo pretende entrar de igual modo –invadiendo– al supuesto *desierto* de las subjetividades. Así, en una burla magistral de Conti tanto a *apocalípticos* como *integrados*, otra vez en el narrador la *influencia mediática* produce lo contrario de la esperable resignación o alienación: él sigue nomás con *su construcción revolucionaria de conocimiento* basado en la experiencia, hacia la asunción de un yo cósmico para el cual "el día de mañana no existe" (Conti, H. 1994, 219). Así, contra "la imaginería del paraíso terrestre", llamada progreso en su versión tecno–democrática, Conti y el vago nos propondrán un modo más radical y concreto de habitar el tiempo (y el espacio), más cerca de las enseñanzas de Lao–Tsé, Diógenes, los estoicos...

10. Contra la idea de un Juicio Final que saldará toda deuda terrestre, el vago invita a no guardar rencores y, en cambio, *dar el salto* por fuera del "tiempo vacío y homogéneo" (Benjamin, W. 188), como caracterizan las *Tesis de filosofía de la historia* a la representación occidental del tiempo–cronos, ese *continuum* geométrico de instantes inapresables, intercambiables y yuxtapuestos. "Carácter intercambiable" del instante (siempre otro, siempre *segundo*) que también vio Debord:

El tiempo de la producción, el tiempo–mercancía, es una *acumulación infinita de intervalos equivalentes*. Es la *abstracción del tiempo irreversible*, en que todos los segmentos deben probar sobre el cronómetro su igualdad cuantitativa única (Debord, G. 1995, 147).

Y también vio Giorgio Agamben en su ensayo *Tiempo e historia* de 1979, que en la estela de Benjamin y Debord, buscaba "entre los pliegues y las sombras de la tradición cultural de Occidente" (Agamben: 147), concepciones diferentes del "tiempo homogéneo, infinito y cuantificado" (idem: 148). Y la encontró en el estoicismo y su noción de *cairós*, traducible del griego como *ocasión* u *oportunidad* (en la mitología se lo representaba muy diferente al titán Cronos, como un diosillo fugaz con una única trenza en su cráneo rapado):

El tiempo [...] que divide el presente en instantes sin extensión, para los estoicos es *el tiempo irreal*, cuya experiencia ejemplar se da en la espera y en la postergación. *El sometimiento a ese tiempo inasible* constituye la enfermedad fundamental, que con su postergación infinita le *impide a la existencia humana que se asuma como algo único y acabado* [...]. Los estoicos en cambio plantean la *experiencia liberadora de un tiempo* que no es algo objetivo y sustraído de nuestro control, sino *que surge de la acción y de la decisión del hombre*. Su modelo es el *cairós*, *la coincidencia repentina e imprevista en que la decisión aprovecha la ocasión y da cumplimiento a la vida en el instante*. [...] en él el sabio es amo de sí mismo [...]. Es "la última maniobra" [...] que sustrae radicalmente al hombre del sometimiento al tiempo cuantificado... (ibid.: 148–149)

Al igual que al compañero de Martín Fierro, que en la "Biografía de Tadeo Isidoro Cruz" de Borges (otro gran cuento cairológico), "se vio a sí mismo en un entrevero y un hombre" (Borges J. 2001, 137), a nuestro vago también le llega *su momento*—la verdadera "coincidencia"— al *ver-se en otro*:

...un día la verdad me golpeó en la cabeza, así de rápido y simple. Y fue *el día que vi un verdadero vago tumbado al costado del camino*. Estaba *echado así como yo en este momento* y aunque seguramente era la única persona que veía en mucho tiempo no se le movió un pelo cuando pasé junto a él arrastrando una nube de polvo. Sin embargo me *bastó mirarlo a los ojos y comprendí en el acto*. Yo iba de un punto a otro, él sencillamente estaba tumbado en el centro del mundo (Conti, H. 2007: 218).

En Borges (y Hernández), al *sentir* a Fierro combatir en la oscuridad con valentía, como alguna vez también él mismo, el sargento Cruz toma la *crucial* decisión de *dar el salto*, de cambiar de bando junto al malevo cuya escuadra iba a apresar: comprende *súbitamente* que el suyo es un "destino de lobo, no de perro gregario" (Borges: J. L. 2001: 138). En Conti, en cambio, el *cairós* es también repentino e imprevisto, *pero sobreviene luego de un proceso de aprendizaje*, de deshabitación, en la (por ahora) penúltima etapa *pendular*, el ir y venir "de un punto a otro" del *ciclista*. Nuestro vago encuentra su "centro" en la imagen (no enmarcada) de *un otro que es él mismo*. Ese centro es la anulación estoica de toda espera, "lo cual es la mejor manera de estar preparado para lo que sea" (ibid.: 219). Y a la vez, como el Oreste de *En vida*, alcanza "la conciencia revolucionaria que hace saltar el *continuum* de la historia" (Benjamin, W. 1989: 188). En conclusión, ahora sabemos para qué sirve contar la historia de un (ex) "pobre tipo": despertar, tras el cuento de Conti, nos confirma que "el mundo posee ya el sueño de un tiempo cuya conciencia tiene ahora que poseer para vivirlo realmente" (Debord, G. 1995: 164).

## Bibliografía

- Agamben, Giorgio. 2007. *Infancia e historia; Destrucción de la experiencia y origen de la historia*, traducción de Silvio Mattoni. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Benjamin, Walter. 1989. *Discursos interrumpidos I; Filosofía del arte y de la historia*, prólogo, traducción y notas de Jesús Aguirre. Madrid: Taurus.
- Borges, Jorge Luis. 2001. *Antología personal*. Buenos Aires: Sol 90.
- Conti, Haroldo. 1994. *Cuentos completos*. Buenos Aires. Emecé.
- Debord, Guy. 1995. *La sociedad del espectáculo*, edición crítica y prólogo de Christian Ferrer, traducción de Fidel Alegre y Beltrán Rodríguez. Buenos Aires: La Marca.
- Jackson, Wilfred (1952), *The Little house*, Walt Disney Productions  
<http://www.youtube.com/watch?v=Y881yjtFluQ>
- Sáitta, Sylvia y Luis Alberto Romero. 2006. Conti. En *Página/12*, 18 de enero.
- Schmucler, Héctor. 2001. Los infortunios de la resignación. En Phillip Lee (coordinador), *Comunicación y fe; Desafíos para un milenio globalizado*, 23–48. Londres: Wacc.

## Anexo

### El último

Haroldo Conti

Un buen día me hice un vago. Así como lo oyen. No sé cuándo empezó pero aquí me tienen, tumbado a un costado del camino esperando que pase un camión y me lleve a cualquier parte. Ustedes deben haber visto un tipo de esos desde la ventanilla de un ómnibus o del tren. Pues yo soy uno de esos exactamente y puedo asegurarles que me siento muy a gusto. Cualquiera de ustedes dirían que solamente al último de los hombres se le puede ocurrir tal cosa. Soy el último de los hombres. También eso. Lo que posiblemente a nadie se le pase por la cabeza es que alguien pueda ser feliz justamente siendo el último de los hombres. Ni siquiera a mí mismo se me hubiera ocurrido hace un tiempo, cuando, dentro de mis alcances, luchaba con todas mis fuerzas para estar entre los primeros. Pero no es eso lo que quiero decir, al menos por ahora.

Me preguntaba sencillamente cuándo empezó. Éste es un hábito que me queda de la otra vida, es decir, la vida de ustedes porque qué puede importarle a un verdadero vago cómo y cuándo empezó cualquier cosa. El día que se me quite esta costumbre habré alcanzado la perfección pero comprenderán ustedes que no puedo proponérmelo porque, ante todo, un vago no se propone nada, de manera que lo mejor es dejar así las cosas.

Mezclando un asunto y otro, lo mismo me pregunté el día que, del brazo de Margarita, mis manoseos en Parque Lezama, que entonces no tenía esas malditas luces de mercurio que le alumbran a uno hasta el pensamiento, me encontré frente a un cura. Tal vez la cosa empezó ahí. No quiero decir que me tomara desprevenido pero de cualquier forma con el tiempo pareció que había sido así. Entonces me estaba preguntando cómo y cuándo fue que empezó aquella vida de perro. No es que hubiese dejado de querer a Margarita.

Supongo que tampoco ella había dejado de quererme, a su manera. Pero justamente era esa podrida manera lo que me tenía desconcertado. Bastara que yo dijera blanco para que ella dijera negro. De saberlo un poco antes yo también habría dicho negro aunque estoy seguro de que eso tampoco habría servido para nada porque lo más probable es que entonces ella hubiese dicho blanco. Así era Margarita y no le guardo rencor.

Quiero que comprendan esto. No le guardo rencor a Margarita ni a toda esa puta vida, como se dice vulgarmente y para abreviar. En ese caso no sería un verdadero vago, si bien tampoco lo soy del todo, aunque por otro motivo, como queda dicho.

¿Me creerán ustedes si les digo que, a pesar de todo, conservo muy buenos recuerdos de aquel tiempo? Yo era feliz, también a mi manera, y si aquello terminó es porque no podía pasar otra cosa. Quiero decir que mis pies apuntaban en una dirección y los de ella en otra y



la tristeza habría sido seguir juntos cuando cada uno tenía su camino por delante. En cuanto a ella, es posible que a estas horas esté maldiciendo al tipo aquel que se le cruzó un día en el camino, lo cual es muy propio de Margarita. Si dejara de hacerlo pues simplemente dejaría de ser Margarita. Eso es lo que trato de decir. Cada uno es una flecha lanzada en una dirección y no hay como dejarse llevar para acertar en el blanco, cualquiera sea.

Hablando con estricta justicia más bien fue Margarita la que se me cruzó en mi camino y no yo en el de ella. Sin embargo, estoy dispuesto a reconocer que fue una simple coincidencia. Por coincidencia tomábamos el 48 a la misma hora, por coincidencia bajábamos en la misma esquina y, supongo que por coincidencia, un día me atravesó una de sus piernas entre las mías. En fin, otro día la acompañé hasta la casa y por coincidencia estaba el viejo en la puerta. Cuando quise acordarme estaba adentro tomando una copita de anís y hablando de la decadencia de las costumbres, un tema, como se ve, que puede terminar en cualquier cosa. En aquel tiempo yo era hinchado furioso de Estudiantes de La Plata, cosa que todavía hoy no me explico. Los domingos iba a la cancha con toda la bosta en el camioncito de los hermanos Antonelli. La bosta fue lo que dijo Margarita el primer domingo después de casados que traté de ir a la cancha. Jugaban Estudiantes y Chacarita, lo recuerdo aunque no viene al caso. Hasta entonces la bosta habían sido "los muchachos", cariñosamente. Inclusive llegó a tejarme una bufanda con los colores de Estudiantes. Esto es lo que se dice astucia femenina pero yo digo simplemente la vida.

Dije adiós a la bosta y me puse a trabajar como un condenado a trabajos forzados. Soy un tipo optimista por naturaleza, como ustedes habrán visto, de manera que con el tiempo hasta a eso le encontré el gusto. Los demás tipos, es decir, la verdadera bosta, gemían y crujían a mi alrededor. Yo en cambio pateaba alegremente la calle primero vendiendo seguros de La Agrícola y después caminos, esteras y carpetas de formio, coco y sisal. Los sábados me la pasaba cambiando los muebles de lugar, tapando las manchas de humedad y escuchando en todo momento los reproches y maldiciones de Margarita. Yo no escuchaba las palabras sino simplemente la voz y por inexplicable que les parezca esto me ponía más bien contento porque Margarita era algo vivo e intenso que me obligaba a tirar para adelante cuando los demás hacía tiempo que estaban muertos.

Los domingos íbamos a comer a lo de los viejos y por la tarde veíamos la tele hasta que se nos saltaban los ojos. He oído muchas cosas contra la tele pero yo digo que es el mejor invento de la bosta. Por de pronto era la única manera de callar a Margarita. Entonces la sentía más viva e intensa, sólo que en otro sentido. Si no había manera de entendernos el resto de la semana en aquel momento nuestros cuerpos se acercaban misteriosamente y éramos una sola y misma cosa pendientes de aquel agujero en la pared. El agujero que digo era la tele, como se comprende, y convendrán ustedes en que es una imagen bastante feliz. De cualquier forma, ésa era la impresión. Bastaba con girar la perilla y entonces se abría aquel boquete en el mísero departamento de la calle México, 5 piso "C", al lado del ascensor, que no funcionaba la mitad de las veces, y el mundo se derramaba alegremente por allí. Ahora que lo pienso, tal vez la cosa empezó recién entonces. Yo me quitaba los zapatos en la penumbra, me aflojaba el cinturón y al rato estaba en las islas Marquesas, por ejemplo.

Como dije las Marquesas pude haber dicho Hong Kong o Miami o el fondo del mar. En un par de horas saltaba de un lado a otro e inclusive de un tiempo a otro. Randall, Peter Gunn, Kentucky Jones, Maverick y hasta Gorila Maguila me resultaban tan familiares como mi viejo o mi vieja, por así decir, porque en realidad nunca entendí a mi vieja y apenas si conocí a mi padre. Hablábamos de ellos con Margarita como si vivieran en la misma cuadra y algunas veces les hablaba a ellos mismos, como si pudieran oírme. Opino que son todos unos grandes tipos, los verdaderos grandes tipos que se necesitan y no esos pelmas que salen en los diarios todos los días, y sinceramente me felicito de que los domingos se asomaran por aquel agujero para hacernos ver las cosas tal cual son.

En cuanto a los avisos, que para muchos resultan la cosa más estúpida del mundo, nos divertían como locos. No sé qué sentido tiene pretender que nos echen un discurso con citas de algún gran tipo para vendemos una pasta de afeitarse o un frasco de café instantáneo. Las cosas hay que tomarlas como son. Eso es lo que siempre he dicho. Para nosotros, en cambio, aquello fue una verdadera revelación. Yo, por lo menos, aprendí a apreciar las cosas recién entonces y hoy me parece perfectamente natural que una lata de tomates le hable a una cacerola a presión y que un reloj con voz de pito nos avise el momento de tomar tal o cual pastilla para la digestión.

Quiero decir que las cosas están llenas de vida, o por lo menos muertas o vivas en la medida que nosotros estamos muertos o vivos, y que mis zapatos tienen algo que decirme con sólo que les preste un poco de atención. Que es lo que hago, justamente, cuando no sé para dónde tirar el primer paso.

A Margarita le gustaba acompañar los jingles, mientras yo le hacía una especie de contracanto, y por lo que recuerdo fue la única ocasión en que oí cantar a Margarita. Por lo que a mí toca, muchas veces pateando la calle con las muestras de aquellas benditas esteras y carpetas y el mundo que se ponía realmente negro me bastaba con silbar una de esas musiquitas y el cielo se abría en alguna parte.

En fin, que todo eso también terminó. Margarita le tomó fastidio a Mike Hammer que, según ella, en el fondo era un fascista hijo de puta y a mí que se me dio por defender al tipo como si fuera mi hermano. Total que un día, mientras volaban los tiros de un lado a otro detrás del agujero, Margarita le zampó la plancha justo en el medio. El televisor, es decir, el mundo saltó en mil pedazos y al principio creí que uno de los tiros me había volado la cabeza. Herido como estaba, tomé lo primero que encontré a mano, creo que uno de esos ceniceros hechos con un pistón recortado, y se lo tiré a la cabeza con tan buena puntería que cayó al suelo como si la hubiera tumbado un rayo. Todavía humeaba el televisor y ya estaban allí los viejos, el administrador y un cabo de policía con cara de patíbulo que parecía salido de la propia televisión.

Cuando volví de la 2a el administrador todavía estaba allí, o simplemente estaba de nuevo allí. Es un detalle. Lo que me interesa señalar es que había llegado la hora de que cada uno echara a andar para su lado, sólo que en ese momento no me di cuenta. De todas maneras fue lo que pasó. La vida decide por uno las más de las veces y todo lo que queda por hacer es preguntarse un tiempo después cómo y cuándo empezó, lo que sea.

Por esos días, y ésta es otra señal, quebró el tipo de las esteras y quedé en la calle, lo cual es un decir porque nunca había salido de ella. Las cosas iban tan mal entonces que en lugar de amargarme más bien me alegré. Sea lo que fuere que me reservara la vida nunca iba a ser peor de lo que había sido hasta entonces. Cuando uno siente deseos de darse la cabeza contra la pared ése es el momento preciso para las grandes cosas porque uno en realidad está tan limpio y vacío como si acabara de nacer.

Claro que yo no pensé en eso. Eché mano de un par de diarios y en una página de los clasificados topé con el siguiente aviso: "Joven emprendedor con experiencia comercial para importante negocio". Allí estaba el destino. Me corté el pelo a la americana, me puse un saco sport con cueritos y al rato estaba golpeando en la puerta de una oficina en el segundo patio de una especie de gallinero en la calle Lima y que a primera vista no tenía el aspecto de un negocio ni de otra cosa importante sino más bien de una pocilga.

Me atendió un tipo parecido al de "Patrulla de caminos" que sin mirarme siquiera dijo: "Usted es el hombre!" y se puso a hablar sobre el futuro, un futuro que no sé muy bien a quién correspondía, en todo caso a la humanidad en general y como tal proporcionalmente a mí también. Cualquiera otro se habría dado cuenta de que el tipo estaba medio chiflado, por no decir del todo.

En realidad eso me pareció a mí también pero en lugar de largarme como hubiera hecho cualquiera de ustedes en su sano juicio ya que nada bueno podía salir de allí, en el sentido de la bosta, me quedé escuchando al tipo tal vez por eso mismo. Quiero decir que esta clase de chiflados son justamente la sal del mundo sólo que la bosta se da cuenta demasiado tarde.

El tipo hablaba como un profeta. Nunca he oído hablar a un profeta, por supuesto, pero me figuro que deben hacerlo así.

Según me pareció se trataba de fundar una sociedad nueva a partir de la venta de lotes en mensualidades. Digo que me pareció porque, como siempre, yo más bien le prestaba atención al sonido de la voz y al aspecto general del fulano. Tal vez las cosas que decía no tuvieran mucho sentido pero igual era hermoso oírlos porque en medio de toda la roña sencillamente había un tipo que creía en algo distinto de lo que cree el resto de la bosta.

Cuando terminó el discurso sacó un plano que extendió sobre el piso y comenzó a explicarme el aspecto más vulgar del asunto. Se trataba de unos lotes en San Vicente con el pomposo título de Barrio Parque "La Esperanza". Según el tipo aquélla era la tierra del futuro y estoy seguro de que estaba en lo cierto porque, como decía mi viejo, si hay algo que tiene futuro es la tierra, cualquiera sea. Solamente se trata de esperar el tiempo necesario. Lo digo aun de esta tierra en la que estoy echado y que, por ahora, no es más que polvo y silencio. Día vendrá...

¿Pero para qué hablar del día que vendrá? Es el estilo que me contagió el tipo. Lo arreglaba todo con el día que vendrá.

Cuando le pregunté cuánto me tocaba en todo eso, no del futuro, se entiende, sino de lo que pagarían por él me echó otro discurso. Yo lo miré a la cara y comprendí en el acto que era el destino el que me hablaba a través de aquel chiflado. De manera que tomé los planos,

boletas y folletos que me dio y salí a patear la calle como si esta vez tirara de mí una fuerza desconocida y cada paso que diera de ahora en adelante fuese a abrir un camino entre la gente.

Al domingo siguiente fuimos a San Vicente en una "banadera" que cargamos con los candidatos que habíamos juntado entre Requena y yo. Requena se llamaba el tipo. La mitad de los candidatos iban porque no tenían nada que hacer y seguramente habrían ido al mismo culo del mundo con tal de viajar de arriba. Antes de partir, desde la plaza Congreso, Requena enarboló una especie de estandarte e improvisó un breve discurso sobre el futuro, el día que vendrá y todas esas cosas. Los tipos quedaron desconcertados y uno preguntó si detrás de eso no estaban los comunistas. De cualquier forma subieron a la "banadera", Requena colgó el estandarte de un costado y zarpamos alegremente hacia esa tierra de promisión.

Aquello era un desierto. Me refiero a los terrenos. Sólo faltaba un par de camellos y no me hubiera sorprendido que aparecieran en cualquier momento. La mitad de los tipos ni siquiera quiso bajar a cambiar el agua. Yo vi tan pronto como los otros que era un verdadero desierto y que lo seguiría siendo aún por mucho tiempo pero el sur me tiró siempre y la tierra pelada y vacía me llena de ansiedad, aunque no está bien dicho ansiedad, ni entusiasmo, ni ninguna otra cosa de las que ustedes dicen en tales casos.

Es algo distinto. Yo sé que entre ustedes hay muchos que esperan el día, que quisieran sacudirle un puntapié a la vieja o al jefe o al primer botón que se les cruce en el camino y por eso me permito un consejo. No hagan nada de eso. No lo van a hacer de todas maneras. Vengan y miren la tierra vacía, así como la veo yo ahora, y tal vez las cosas les dejen de dar vueltas dentro de la cabeza y echen a andar por su camino.

En ese sentido Requena tenía razón. Aquélla era la tierra del futuro, por lo menos para mí. De manera que eché a andar detrás del estandarte sin importarme un pito los tipos que quedaban en la "banadera". No tenían ni ojos, ni oídos.

Requena plantó el estandarte en medio del campo y se puso a hablar. El viento traía y llevaba su voz y al rato nos pareció que hablaba la misma tierra. Así era aquel tipo. Yo sé que estaba solo y que en el fondo le importaba muy poco de nosotros porque sencillamente no necesitaba de nosotros ni de nadie y veía con claridad dónde ponía los pies. Mientras hablaba empezamos a ver que brotaban de la tierra casas, torres, fábricas, negocios, una estación del Roca, un supermercado, dos escuelas, cuatro edificios en torre y un lago artificial.

Cuando terminó, los tipos siguieron haciendo cálculos y suposiciones por su cuenta y al rato había una usina, un cuartel, dos hospitales, un matadero, un frigorífico, un canal de televisión, un monumento a San Martín y por lo menos cuatro Bancos. Vendimos 15 lotes en total. Tres mil quinientos en la mano y 24 cuotas de mil. En los meses que siguieron vendimos otros 30 pero llegó el invierno y con las primeras lluvias un arroyito de esos que nunca faltan se salió de madre y de la noche a la mañana el desierto se transformó en un lago, casi en un mar interior. La policía tuvo que sacar en un bote a un tipo que había levantado una casilla.

De la calle Lima nos mudamos a la calle Piedras. De Piedras a Bolívar. De Bolívar a Golfarini, que en realidad es una calle que no existe. Su verdadero nombre es Giuffra pero

todo el mundo la conoce por Golfarini. Para Requena era una cosa u otra según los casos. Golfarini cuando tenía que cobrar y Giuffra en todos los demás. Les digo, de paso, que si quieren conocer una calle de la vida vayan alguna vez por ahí.

A todo esto yo apenas si pisaba el departamento de México. Estaba todo el día en la calle o en uno de esos desiertos que loteaba Requena, marcando calles o clavando banderitas o plantando un letrero y atendiendo al mismo tiempo a los tipos. Era una vida vagabunda. Sólo que yo no era un vago propiamente dicho sino como un tipo perdido, hasta que tomara la medida justa de la tierra. Dormía en cualquier parte y comía salteado. Eso puede desmoralizar a cualquiera, para mí, en cambio, fue un gran aprendizaje. Uno duerme y come más de la cuenta.

No me voy a poner en moralista ahora. Precisamente estoy echado sobre la tierra hace un par de horas sin hacer nada, como no sea pensar en esto que les digo. Además aunque no estuviera tirado aquí tampoco haría nada. En el sentido de la bosta, se entiende. De manera que soy el menos indicado para echarles un sermón, aparte de que me importa un queso. Pero quiero poner las cosas en su lugar. Hay que dejar que el cuerpo se maneje solo y no estarle todo el día encima. En ese caso se vuelve un estorbo y nos planta cuando todavía nos quedan un par de cosas por hacer. Eso fue lo que aprendí entonces. Cuando menos atención le prestaba más liviano y alegre se volvía. Es justo el cuerpo que necesita un vago.

Las pocas veces que aparecía por mi casa (para llamarla de algún modo) entraba o salía el administrador. Sigue siendo un detalle. Margarita había dado vuelta el televisor contra la pared y no se habló más del asunto. En realidad tampoco hablábamos de otra cosa. No parecía guardarme rencor sino que se mostraba más bien solícita. Tal vez yo hubiera preferido que me regañara porque así me resultaba casi una desconocida, pero no tiene importancia. Cenamos una vez en casa del administrador y otra el tipo cenó en la nuestra. Ambos se interesaron juiciosamente en mi nueva vida y, supongo que por casualidad, también ellos hablaron del futuro. A cada rato nos mirábamos y sonreíamos. Dimos vuelta el asunto de todos lados pero la verdad que no daba para mucho.

Lo de Requena tenía que terminar tarde o temprano, si es que iba a seguir mi camino. Fue por la venta de unos lotes en Garín. Trescientos veinte fabulosos lotes, 2a serie, barrio Los Tilos, sobre ruta pavimentada, 3 cuotas de anticipo y posesión 3 cuotas más. Los tilos brillaban por su ausencia y la ruta pavimentada era sólo un proyecto del año 34, pero de cualquier forma los lotes eran muy buenos. En una sola tarde vendimos 54 lotes. Yo mismo compré uno de tan entusiasmado que estaba con lo que decía. Y eso fue lo que me salvó. Los lotes eran buenos, como dije, pero resulta que ya habían sido vendidos en un loteo anterior. Cuando cayó la taquería estaba solo en la oficina y me salvé por un pelo porque, perdido por perdido, les mostré la boleta y les dije que era uno de los candidatos.

No sé qué se habrá hecho de Requena pero donde quiera que esté allá va la vida. Era un gran tipo, a pesar de todo, y estaba vivo de la cabeza a los pies. Al principio, después que me largué solo, si alguna vez me sentía descorazonado pensaba en Requena y las cosas volvían a sonreír. Yo sé que debe estar en alguna parte sobre esta misma tierra hablando

sobre el futuro y el día que vendrá y espero toparme con él un día de éstos, en la primera vuelta del camino.

Había llegado mi momento. Con la poca plata que pude arañar en los bolsillos me compré una bicicleta de paseo. Ustedes se preguntarán qué tiene que ver en esto una bicicleta. Si quena largarme todo lo que debía hacer era tomar el primer camino que se me pusiera por delante.

Tienen razón. Sin embargo todavía estaba lleno de dudas y vacilaciones, es decir, en el fondo aún tomaba en cuenta a la bosta. De manera que me compré una bicicleta, como digo, le reforcé el cuadro, le alargué el portaequipaje, me conseguí un equipo de boyscout, me saqué una foto e hice imprimir un centenar de hojas en las cuales anunciaba mis propósitos, daba una serie de detalles sobre la bicicleta, fijaba metas y objetivos, recomendaba el uso de gomas Pirelli, por lo cual me habían pagado unos pesos, y terminaba con un par de consejos que saqué de un libro titulado La masedumbre de las flores que me había regalado Margarita cuando andábamos de novios, seguramente para impresionarme.

Cuando estuve listo le anuncié mis proyectos a Margarita para ver la cara que ponía.

Contra lo que esperaba, le pareció la mejor idea que había tenido en toda mi vida. Entre ella y el administrador me ayudaron a terminar lo que faltaba, me proveyeron de vituallas y dinero, me sugirieron rutas prolongadas y desconocidas y, por fin, una neblinosa mañana de abril me despidieron junto con un grupito de curiosos que se había reunido en la vereda. Di una vuelta a la manzana seguido por un par de chicos y cuando pasé frente a la casa Margarita ya había desaparecido. Levanté una mano de cualquier forma y dije adiós a aquella vida.

No voy a contarles los pormenores del viaje pero, en general, la pasé bien y todavía le estaría dando a los pedales si no fuese que estaba hecho para otra cosa. Es necesario que entiendan esto. Tengo en un gran concepto a los andarines, exploradores, raidistas y demás gente por el estilo, pero un vago es otra cosa. No establezco comparaciones. Son algo distinto, simplemente. Desde afuera parece todo lo contrario. Por eso comencé yo en esa forma, porque veía las cosas desde afuera.

Por un tiempo me encontré a gusto con aquella vida. La gente me trataba bien. No me tomaba muy en serio pero estoy seguro de que más de uno habría cambiado su maldita jaula por mi bicicleta Alpina. A ése le digo que todavía está a tiempo.

Allá iba yo silbando y pedaleando y el mundo tiraba de mí alegremente. Hasta que un día la verdad me golpeó en la cabeza, así de rápido y simple. Y fue el día que vi un verdadero vago tumbado al costado del camino. Estaba echado así como yo en este momento y aunque seguramente era la única persona que veía en mucho tiempo no se le movió un pelo cuando pasé junto a él arrastrando una nube de polvo. Sin embargo me bastó mirarlo a los ojos y comprendí en el acto. Yo iba de un punto a otro, él sencillamente estaba tumbado en el centro del mundo. Quiero decir que para mí las cosas se resolvían en distancias, estaban más o menos lejos y yo más o menos cerca, pero por mucho que me moviera no iban a cambiar demasiado.

No pretendo que me comprendan, pero con sólo que hagan un esfuerzo sabrán lo que digo. Algunos, por supuesto. Los que todavía están vivos pero con el agua al cuello.

Vendí la bicicleta en el primer pueblo que me salió al paso y volví al camino nada más que con lo que tenía puesto. Desde ahí arranca mi verdadera historia porque en cierta forma acababa de nacer. No les voy a contar esa historia porque sólo tiene sentido para un vago.

Veo una nube de polvo en la punta del camino. Debe ser un camión.

Solamente les digo esto. No tengo nada, de manera que tampoco tengo de qué preocuparme, lo poco que recuerdo, en los términos de ustedes, lo recuerdo como si fuera de otro y si miro para adelante pues sencillamente no espero nada, lo cual es la mejor manera de estar preparado para lo que sea. Debiera explicar lo que entiendo por estar preparado porque es un término más bien de ustedes pero no vale la pena y además el camión está cerca.

Es un camión, efectivamente.

Mi cuerpo se pone de pie liviano y contento. Es la ventaja que les decía. Eso me tiene constantemente de buen humor o a lo sumo de un humor melancólico, lo cual me ayuda a pensar en todas estas cosas que me enseña el camino. Estoy limpio y vacío en medio de él, de manera que siento la tierra como nadie podría hacerlo en este momento, excepto otro vago.

El tipo me debe haber visto y tal vez se alegre porque viene solo. Extiendo mi admiración por los raidistas a los camioneros también. Por lo menos cuando están en el camino se parecen más a nosotros que a ustedes. Lo digo sin rencor.

No sé a dónde me llevará ese camión ni qué será de mí el día de mañana. La verdad que el día de mañana no existe para mí y creo que por eso me siento vivo. Levanto la mano y el camión se detiene.

Hace un rato era una mancha borrosa al extremo del camino. Sé que en este punto mi vida se cruza con la del tipo que trae encima y que a partir de ahora me nace otra vida, por así decir. Sé también que como estoy limpio y vacío le sacaré todo el gusto posible.

Así una vez y otra vez.

El tipo abre la puerta y agita una mano.

¡Allá voy, donde sea!